

7 de febrero de 1937 Carretera Málaga- Almería

Querida Noor:

Soy hija de un boniato asado como único jornal por barrer los zaguanes de las familias pudientes. Descendiente de *la letra con sangre entra*, de los besos a un mendrugo de pan y del luto. Oriunda *del día que nací yo que planeta reinaría*, de *échale guindas al pavo*, de Imperio Argentina y de Miguel de Molina. Originaria del copo, del chambel y la morralla. Heredera de aquello que Forges decía: “ de la historia , de la memoria y del corazón”. Soy hija de la Desbandá.

Ayer el aire todavía tenía olor a limpio. El eco de las campanas, la voz del sereno pregonando las horas, los gañidos de los mochuelos en lo álamos de las laderas cercanas, todo estaba en su sitio. Ayer, la belleza tranquila del futuro. Y el mundo tal y como lo conocía se detuvo. Ahora, hoy, el tiempo se mide por el tictac de la cuenta atrás de las bombas. Corro junto a mis padres y hermanos. Miro a mi alrededor: niños, mujeres, hombres, jóvenes, viejos, pero yo sólo veo niños, niños muertos de miedo y de frío.

Gaza 7 de octubre de 2023

Querida Ana:

Soy hija de la Kunafa. Hojaldre crujiente de almendras molidas y nueces, de fosfóricos pistachos, acaso de piñones, puestos sobre un platito rebosando de almíbar y de miel: el dulce es la forma del amor en Medio Oriente. Soy oriunda de sin un lugar al que llamar hogar, de incesantes bombardeos, de detonaciones y derrumbes de edificios. De esa mal llamada “guerra”. Descendiente del hiyab, del burka y de la orfandad. De 70.000 mil muertos entre masacrados y desaparecidos. Del bloqueo de alimentos, de la hambruna más brutal. Soy hija de un genocidio. Soy hija de la Nakba.

No sé si temo más al estallido de los bombardeos o al silencio que viene detrás junto a un rastro de humo negro y de las fachadas de los edificios descascaradas, como si alguien las hubiera devorado por dentro y vomitado sus pedazos en las calles. Es un miedo recién descubierto. Ya no corro, hace tiempo me quedé inmóvil. Atesoro tu voz que viene desde lejos , así como viajan ahora tus palabras, y que llegan manchadas de sangre y de patria.

Querida Noor:

Pese a la guerra, al miedo y a la muerte ya han brotado las primeras jacarandas, revelando su hermosura. Noor, si vieras como la guerra empequeñece frente a ellas. La vida siempre sigue su curso. En uno de mis libros de la escuela aparece un apartado hablando de ellas, como las flores por

excelencia de Málaga. Me aferro a esas páginas con fuerza porque es una manera de vivir en aquella plenitud de ayer y que, por algunos instantes, alivia el miedo que me produce el estar delante de la muerte. Seguimos la huida cada vez más cansados, con más hambre, saltando los cuerpos que van quedando por el camino, ofrendando a la guerra. Ulula un viento frío y cala mucho más este miedo. La carretera es como un gran cepo. Pienso en tu silencio y lo comprendo, hace ya unos días que se ha instalado también en nuestra marcha. Ya no hay gritos, ni siquiera llantos, tan sólo el silencio del duelo. La muerte va cubriendo de silencio las cunetas. El primero en caer fue Felipe, el cartero. Recordé entonces su bicicleta, su pasión por Cernuda y Miguel Hernández. Nadie debería morir cuando empieza a vivir,

Los dos años de Antonio ignoran lo que está ocurriendo. Abrazado a su madre sonrío y palmotea, su ignorancia, su alegría infantil nos es necesaria para seguir caminando.

Querida Ana:

Aquí no sólo nos matan las bombas, también los partos en tiendas improvisadas, las amputaciones sin anestesia, la falta de alimentos, medicinas y agua. Ayer, tras la destrucción de una escuela que la que habíamos buscado refugio mi madre y yo junto a otras mujeres, fuimos obligadas a huir. Ambas necesitamos proteínas, frutas, pero no tenemos acceso a ello. Hemos perdido mucho peso, estamos débiles y no podemos caminar largas distancias, No duermo por las noches. El miedo a ser atacadas por personas o animales es constante. Solo nos separan del exterior unos trozos de tela.

Tus palabras me han emocionado profundamente, admiro tu optimismo, tu asombro intacto ante las jacarandas y recordé cómo amaba de niña el sausan, una flor autóctona de Palestina. Las anémonas y las amapolas (aunque como musulmana nunca he sido esa niña) Tus palabras resuenan con tanta inteligencia que me siento mejor persona por el solo hecho de que tus pensamientos se alojen por un rato en mi mente. ¿Me creerías si te dijese que hoy he visto a una pareja jovencísima celebrando su compromiso a un par de metros, a pesar de los escombros, a pesar de la ventisca de bombas y por unos instantes la vida parece haber cambiado su eje de rotación y me he sentido consolada. Siento que entre las dos hay una afinidad en la resistencia, gracias a la belleza. Y me da felicidad confirmarlo, como si fuera la shahada: la profesión de fe que todos los musulmanes pronunciamos ante la muerte. ¿No es revolucionario? A mí me lo parece. En las guerras el tiempo se detiene y se asemeja común a todas las guerras. Quién sabe si nos encontraremos de nuevo en otro tiempo. Quizá en algún lugar nuevo para ambas, inshallah. Hasta entonces, un abrazo enorme.

Querida Noor:

El tiempo no es una mercancía que pueda usarse, comprarse o venderse. El tiempo se crea y entre los dos hemos creado un tiempo común: el de la guerra, el de la Nakba, el de la Desbandá; aunque nos separen más de setenta años. Es extraño reconocerse en tiempos idénticos, como si una pudiera rajar la piel del infinito y asomarse a otro tiempo y a otras vidas afines, como si se cruzase una especie de umbral suspendido en el no tiempo. Va de vuelta un abrazo que no sabe de fronteras ni de tiempo. Mi querida Noor, inshallah. Ojalá.